



Amar
de
Nuevo

Giselle
Renarde

Table of Contents

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Amar de nuevo | Una historia de segundas oportunidades | Giselle Renarde](#)

Amar de nuevo

Giselle Renarde

Traducido por Laura V. Narváez

“Amar de nuevo”

Escrito por Giselle Renarde

Copyright © 2018 Giselle Renarde

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Laura V. Narváez

Diseño de portada © 2018 Giselle Renarde

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Amar de nuevo | Una historia de segundas oportunidades | Giselle Renarde](#)

Amar de nuevo
Una historia de segundas oportunidades
Giselle Renarde

—Dichosos los ojos que te ven —dijo un hombre con los pantalones color caqui, soltando una carcajada.

¿Acaso era esa la manera de hablar en un funeral?

A Karen le hubiese gustado escapar, ¿pero a dónde? De todos modos ya era demasiado tarde; él la había visto.

—Harvey Wisniewski —saludó Karen, ocultando su desdén con una sonrisa—. Es bueno verte de nuevo. Te ves...

—¡Bien es decir poco! —Interrumpió Harvey, mientras engullía su pastel de café— Si mal no recuerdo, tú eras una pequeña rechoncha en la secundaria. ¡Mírate ahora! ¡Wowza!

¿Wowza? ¿En serio?

—Bueno, eso fue hace mucho tiempo —replicó Karen, pensando en saltar por encima del sofá para deshacerse de este sujeto. Mientras miraba en todas las direcciones buscando un modo de escapar, sus ojos se encontraron con un rostro familiar al otro lado de la habitación. Su corazón se aceleró cuando lo vio. Qué extraño era el que un hombre se viese tan bien en un atuendo fúnebre.

—¿Me perdonas? —murmuró Karen y caminó junto al sofá. Harvey hablaba de su nuevo televisor mientras ella se escabullía.

El distinguido caballero de elegante traje negro le ofreció su mano cuando ella se acercó. Cuando él abrió la boca, fue para pronunciar su nombre:

—Karen.

—Karl —susurró ella, deslizando su mano en la de él. La sensación de su piel casi la hizo respirar con dificultad, pero se recobró rápidamente—. Mis más sinceras condolencias.

—No puedo creer que Frida se haya ido —dijo él, estrechando sus dedos.

—No puedo creer cuánto tiempo ha pasado —respondió Karen, aliviada de encontrar por fin a alguien cuyas emociones coincidían con la enormidad de las circunstancias. Frida estaba muerta—. ¿No te parece que fue hace solo un par de años cuando estábamos juntos en la escuela? Pero han pasado más de treinta. ¿Puedes creerlo? Parece imposible. Se nos escapan los años, ¿verdad? Frida era mi mejor amiga y apenas hablé

con ella hasta que...

Ella había venido a consolar a Karl -el amable Karl con aquellos encantadores ojos grises, el atento Karl que acababa de perder a su hermana- y ahora era ella quien tenía las mejillas húmedas por las lágrimas.

—Oh, qué vergüenza —se disculpó, rebuscando en su bolso por un pañuelo que no estuviera húmedo de lágrimas de funeral.

—Es natural —le dijo él, sacando su pañuelo con las iniciales KHW grabadas en una esquina. La imagen de esas imperfectas letras azules encogió el corazón de Karen.

—Frida hizo esto para ti. Lo hizo en décimo grado, lo recuerdo.

—Lo bordó para mi cumpleaños —asintió él.

—Yo estuve ahí —dijo Karen ante el repentino recuerdo—. Estuve ahí en tu cumpleaños, ¿recuerdas?

—Sí, y yo me quejaba de mi regalo ¿qué chico de catorce años quiere un pañuelo personalizado? —Karl sonrió con tristeza. Pareció recordar algún evento misterioso que no compartió.

Pasando los dedos por las letras bordadas, Karen sorbió sus últimas lágrimas para no ensuciar más el regalo de Frida. Preferiría conservarlo como la mortaja de Turín que arriesgarse a arruinarlo.

—Frida no era muy buena con las manualidades. La señora Fairchild le dio una C menos por este pañuelo.

—También tengo el tuyo —dijo Karl de manera algo abrupta, como si hubiese estado esperando decirlo.

—Obtuve una A más en esa tarea —dijo ella, volviendo casi cuarenta años en el pasado. Se veía con Frida, sentadas en fila frente a las máquinas de coser mientras la otra mitad de la clase cocinaba al otro lado del salón. Aún podía sentir la presencia de Frida a su lado —Es interesante, las cosas que recordamos.

—No parece hace tanto tiempo —replicó él, observando el amarillento pedazo de tela—, pero supongo que sí lo es, cuando lo piensas objetivamente— una mujer mayor que se encontraba sentada rígida lo llamó con una seña—. Gracias por venir, toda la familia aprecia tu apoyo —luego movió la cabeza, como deshaciéndose de un mal hábito

—. Lo siento, Karen. Me estoy comportando como si fueras solo una conocida. Frida y tú eran prácticamente hermanas en ese entonces. Ella asintió con un nudo en la garganta; le dolía tanto que no podía hablar—. No te alejes —dijo al final, abriéndose paso entre la multitud—, hablaremos cuando termine de hacer mis rondas.

Ella lo observó mientras él conversaba con la mujer de cabello blanco y espalda recta y no pudo evitar pensar en que el cabello de Karl también se estaba encaneciendo. ¿Era este Karl Wineberg, el torpe hermano menor de su mejor amiga de tantos años atrás? En la época en la que dejaron de hablarse, él había pasado de ser un chico lindo aunque algo delgado a ser un hombre encantador. Bastante apuesto, incluso, con su nariz recta y barbilla cincelada. Era muy cierto que los hombres eran como el vino; mejoraban con los años.

Cuando la mujer sonrió y le palmeó la mejilla, él se convirtió de nuevo en el chico que había sido. Sus ojos estaban surcados de finas arrugas, pero Karen vio en ellos todos los años que se les escapaban.

¿Cómo podían haber envejecido tanto? Parecía que hubiese sido ayer...

¡Por Dios! Por poco cayó al suelo en el instante en que se dio cuenta de lo monstruosa que debía verse. Después de haberse pasado todo el funeral con lágrimas en los ojos, probablemente tenía charcos de maquillaje en las mejillas.

Buscó un espejo, pero todos estaban cubiertos. ¿Sería inmaduro salir corriendo porque no se veía bonita? Sí, en extremo inmaduro. No podría mantener otra conversación con el guapo Karl sabiendo que se veía horrible. Él la recordaba como se veía en la secundaria. Las mujeres jamás se veían más hermosas que a sus dieciséis años.

Karen se dirigió hacia la puerta, donde su hija la esperaba. Le besó el cabello y salieron del lugar.

* * *

—Vamos, mamá —Lauren suplicó—, solo dime qué pasa. Sabes que no dejaré de preguntarte hasta que me lo digas.

—No pasa nada, cielo —Karen la observó por encima de su tostada

con mantequilla y sonrió. Esa niña era demasiado perceptiva. Pero Lauren ya no era exactamente una niña. Cuando Karen pensaba en todas las travesuras que había hecho con Frida a su edad...—. En serio, estoy bien.

—Es tu amiga, ¿no? —preguntó Lauren mientras partía un naranja en gajos. Karen asintió con la cabeza débilmente.

—Te hubiera agradado, se parecía mucho a ti. Un espíritu libre, extrovertida, malísima estudiante...

—¡Mamá! —Lauren fingió indignarse—. Disculpa, pero, ¿quién logró un ochenta y siete por ciento en su examen de álgebra?

—Eso es asombroso, cariño —dijo Karen, levantándose de la mesa para abrazar a su hija.

Lauren la abrazó con fuerza, como si supiera que se trataba sobre algo más que las matemáticas.

Hacía solo unos instantes en los que su pequeña hija olía a talco de bebé y ese aroma particular que tiene el cabello de los infantes. Ahora, Lauren exudaba a champú de coco, loción de vainilla y perfume de farmacia. Lauren, su bebé de otoño, su hija menor, quien la mantenía joven...

—¿Mamá? —una pequeña voz en su hombro suplicó— ¿Puedes soltarme? No puedo respirar.

—Lo siento, querida —Karen sonrió, tragándose las lágrimas mientras soltaba a su hija—. Es que estás creciendo tan rápido.

—¡Eso quisiera! —exclamó Lauren, tomando su libro de texto de biología y metiéndolo en su mochila. Cuando vio las lágrimas rebeldes de su madre, dejó el libro y se le acercó, pasándole un brazo por los hombros—. ¿Sabes qué te haría sentir cien veces mejor?

—¿Qué cosa? —preguntó Karen, mirando los brillantes ojos de su hija.

—Un novio —respondió Lauren con toda resolución.

—¡Lauren! —Karen la reprendió, como si aquello fuese una ofensa. No sabía por qué actuaba con tanta vehemencia. Era completamente razonable que una adolescente sugiriera algo así.

—Deberías llamar al hombre del funeral —dijo Lauren mientras

sacaba un yogur del refrigerador.

—Quiero que comas algo más que yogur, señorita. Toma un sándwich también, y una manzana. Y compra leche de la cafetería.

Lo dijo todo en un par de segundos; su corazón latió rápidamente al oír el nombre de Karl. ¿Por qué lo mencionaría Lauren? Solo habían hablado por cinco minutos o incluso menos.

—Repito —dijo Lauren, gesticulando con exageración cada sílaba—. Deberías llamar al hombre del funeral.

—¿Qué? ¿De quién estás hablando? —preguntó Karen, aturdida. Desabrochó el primer botón de su blusa al sentir que se estaba sofocando.

—El hombre con el que estabas conversando —prosiguió Lauren—. Creo que le gustas.

—No sé de quién hablas, cariño —replicó Karen, aunque sentía que estaba muy vieja para fingir recato, así que se dio por vencida—. ¿Te refieres a Karl, el hermano de Frida?

—Sí, supongo —dijo Lauren, quien se comía la naranja y rebuscaba en el refrigerador. Karen sonrió pero se cubrió los labios con la mano cuando Lauren se volvió hacia ella—. Deberías salir con él. Es bastante sexy para ser un hombre viejo.

—¡Lauren! —la reprendió Karen de nuevo, aunque su hija había dado en el clavo. De hecho, era bueno saber que Lauren coincidía en que Karl era un súper semental.

¿Súper semental?

—¿Cuándo lo llamarás? —insistió Lauren.

—Ni siquiera tengo su número de teléfono —respondió Karen.

—¿Cómo se llama? —preguntó Lauren, computadora portátil en mano.

—Karl.

—Su apellido, mamá —dijo Lauren, poniendo los ojos en blanco.

—Ah, es Wineberg.

Lauren tecleó durante unos minutos hasta que obtuvo los resultados que esperaba.

—Aquí está. Wineberg, Karl. Anotaré su número. Tienes que

prometer que lo llamarás hoy.

—¿Para qué? —Karen sacudió su cabeza.

—No lo sé, solo dile que quieres hablar —respondió su hija y le pasó el número escrito en el reverso de una publicidad de un salón de bronceado—. Mira, mamá, es obvio que extrañas a tu amiga. Dices que estás bien, pero puedo ver que no lo estás. La muerte de Frida tuvo un gran impacto en tu vida —tomó su mochila y prosiguió—. Está bien si no quieres hablar de ello conmigo. Sé que no entiendo por lo que estás pasando, pero no deberías guardártelo todo. Ese hombre, Karl, es el hermano de tu amiga, ¿verdad?

—También fuimos amigos, Karl y yo, cuando éramos jóvenes —musitó Karen mientras recogía pétalos secos de la violeta africana demostrador—. Solo amigos.

—Me parece que la dama protesta demasiado —dijo Lauren, citando a Shakespeare.

—¿También eres especialista en literatura? —Dijo Karen con una risita—. Vamos, sabelotodo, te dejaré de camino.

—¿Vas a llamarlo?

Tomando su maletín del pasillo principal, Karen se puso sus sandalias de cuero. Mirando su reflejo, se preguntó:

—¿Por qué estoy siguiendo los consejos de mi hija?

—Porque tu hija tiene más experiencia en esto que tú —bromeó Lauren al salir por la puerta.

* * *

Quiso esperar hasta la hora del almuerzo para llamar, pero no pudo. Cuando sacó el número del bolsillo de su chaqueta, un pensamiento le congeló la sangre: *Ni si quiera sé si es soltero*. Había asumido que lo era solo porque Lauren lo había pensado y porque no había estado con alguna mujer en el funeral. Pero, ¿cómo podía estar segura?

¡Pues llamándolo y hablando con él!

Pensó que a lo mejor no respondería y podía dejarle un mensaje... ¡Estaba equivocada!

—Karl —exclamó con pánico. ¿Qué debía decir? —. Estás ahí, no

pensé que fueras a responder... Es Karen, Karen del...

—Karen Frum, la mejor de las Karen —replicó él—. Me alegro de oírte.

Ahora quería esconderse bajo una roca. Él pensaba que era otra persona.

—No, lo siento, no soy Karen Frum. Karen Welke. Bueno, era Sullivan cuando nos conocimos.

—Sí, lo sé, solo era una broma, Karen —dijo él con una risa malvada—. Te escabulliste aquel día.

Definitivamente no había madurado lo suficiente, como un niño que tira de las coletas de una niña para llamar su atención, pero ella encontró este comportamiento algo tierno.

—Sí —respondió sin dar más explicaciones—. Perdóname. Te llamé para decirte que aún tengo tu pañuelo.

—¿Y quieres que nos veamos para poder devolverlo? —preguntó—. Eso estaría bien. Ha pasado mucho tiempo.

Incluso aunque él supiera el verdadero motivo de la llamada, Karen estaba agradecida de que se lo estuviese poniendo bastante fácil.

—Suená bien.

Esperaba que, siendo un hombre tan cortés la invitase a un restaurante elegante. No. Le pidió que se vieran afuera de la antigua casa de sus padres en el vecindario donde crecieron.

—Mis padres ya no viven ahí —explicó Karen.

—No importa —dijo él. Era extraño que su voz ya no se escuchara como la de aquel chico de catorce años. Pero aunque fuese tan diferente, aún se sentía cercana—. No entraremos.

Quedaron de verse al atardecer, lo que no le daba tiempo para ir a casa a cambiarse. Su atuendo era profesional pero no particularmente atractivo excepto para los hombres que preferían las mujeres fuertes, y esos eran prácticamente criaturas míticas. Al menos, Karen nunca había conocido a uno. Se había encontrado con quienes decían que respetaban a las mujeres y admiraban a las feministas, pero en el fondo no eran lo que aseguraban ser.

Cuando llamó a la casa para dejarle un mensaje a Lauren, casi pudo

escuchar su risa sarcástica.

—De acuerdo, mamá. Pero no llegues tarde. Y no hagas nada que yo no haría.

¿No era muy temprano para perderse en un ensueño de adolescente? Esta reunión con Karl... ¿era una cita o él coqueteaba así con todo el mundo? Tal vez estaba dudando demasiado, si solo se relajaba y se dejaba llevar, todo saldría bien.

* * *

Karen casi se pasó de su antigua casa. Por supuesto que sabía dónde quedaba, pero los nuevos propietarios habían hecho una remodelación tan asombrosa que por poco no la reconoció.

Deteniéndose en frente, parqueó y miró a los alrededores en busca de Karl no estaba, aunque ella había llegado antes, así que se retocó el lápiz labial y salió del auto con la idea de recorrer el viejo vecindario.

Justo cuando cerraba la puerta del auto tras ella y guardaba las llaves en su bolso, un vehículo negro llegó y parqueó cerca. Karl salió y le hizo una seña con la mano.

—He esperado todo el día para esto.

—También yo —respondió Karen con la sensación de que se estaba ruborizando—. ¿Qué te traes bajo la manga?

—¿Quién, yo? —preguntó él, fingiendo inocencia mientras se quitaba su saco y lo arrojaba dentro del auto. Con una sonrisa malévola, prosiguió: —. Pensé en dejarte los planes a ti. ¿Me equivoqué?

—Claro que sí.

—Podríamos pasear por el parque, pro los viejos tiempos —sugirió. Tomando su brazo, él la acompañó hasta la acera.

Karen se rio ante aquella idea tan perfecta. Estaba asombrada de que este mundo en el que había pasado su niñez aun existiera. Pensar en su juventud la hizo recordar a Frida.

—¿Cómo estás, Karl?

Su sonrisa se desvaneció por un momento antes de volverse un poco más solemne.

—Desearía no haber sacado tantas excusas —dijo, mientras pasaban

cerca de la casa de la mujer malvada, la cual se veía justo como en aquella época: horrible y deteriorada—. Hay tantas razones por las cuales no asistimos a las reuniones familiares. Así fue como le pagué después de recibir su apoyo con los niños cuando Tara murió —¿Niños? ¿Tara? ¿Murió? ¿Debería pedir aclaraciones? Lo mejor sería quedarse en silencio por el momento. Los detalles llegarían en otro momento—. ¿La chica que estuvo contigo en el funeral es tu hija?

—Sí, es la menor —dijo Karen—. Jamie and Dennis ya no viven en casa. ¿Puedes creer que somos lo bastante viejos para tener hijos adultos? A veces creo que aun soy una adolescente.

—Entiendo perfectamente —coincidió Karl, sacando una fotografía de su billetera. Era una foto de su familia—. Esta es muy vieja. Están Joseph, Paul y Noah con Tara y yo. Joseph tiene veintiocho años, así que ya te imaginarás que tan antigua es esta foto.

—Y Tara... —realmente no quería abordar el tema, pero debía aclarar las cosas.

—Mi esposa —respondió él, guardando de nuevo la fotografía—. Murió cuando Noah tenía seis años. Creo que le ha afectado la muerte de Frida más que a nadie. Por un tiempo, ella fue como una madre para él. Todos hemos sido desagradecidos. Solo ahora nos damos cuenta de lo mucho que nos dio de ella.

—No puedo creer cuánto nos hemos perdido. Hay una brecha enorme que nunca podremos llenar.

| —¿Te refieres a Frida? —preguntó Karl. Karen hablaba de él, pero le dio vergüenza admitirlo.

—¡Mira, es el parque! —dijo para cambiar de tema.

—Así es —soltando su brazo, Karl corrió entre la arena con sus elegantes mocasines. Se detuvo cuando llegó al viejo balancín. Todo en el parque parecía nuevo, excepto por este y los columpios—. ¿Qué esperas, Karen? ¡Ven a jugar conmigo!

Esto no había sido lo que Karen esperaba cuando dejó la oficina para encontrarse con Karl pero hora que estaban juntos en el lugar, fue como si hubiese viajado en el tiempo. Se sintió joven cuando entró en contacto con la arena.

—No sé cómo me has convencido de hacer esto —dijo mientras dejaba sus zapatos y su bolso sobre la arena y se sentaba en el balancín.

—Presión de pares.

Cuando Karl se sentó en el otro extremo, ella salió despedida como un cohete para volver a caer de golpe en el asiento de madera. Su corazón palpitaba con fuerza. La sensación de libertad la invadió y le recordó su infancia. O simplemente era el lugar, el parque al que habían venido cuando eran niños. Se impulsó con los pies para elevarse de nuevo.

—No recuerdo cuando fue la última vez que jugué así

—Tal vez cuando tu hija era pequeña —respondió Karl. Sus mocasines se llenaron de arena—. Si somos inteligentes, nos convertimos en niños con nuestros hijos. Ellos nos devuelven nuestra esencia.

—Sí, creo que tienes razón —se bajó del balancín, olvidando que esto enviaría a Karl hacia abajo. El golpe lo hizo caer hacia atrás en la arena.

—¡Ay, no! —Karen gritó, acercándose. Sus ojos estaban cerrados—. Karl, lo siento tanto, ¿estás bien? ¡Háblame, por favor!

Abrió los ojos y la miró.

—No, Karen, no estoy bien.

—¿Quieres que llame una ambulancia?

—No es necesario —replicó él tomando su mano—, porque, como ves, ya estoy muerto y fui al cielo. ¿No sabes que estoy viendo un ángel?

Cuando ella entendió que el susto que él le había dado había sido parte de un bobo piropo, se puso seria. Cogió un puñado de arena y se la lanzó encima, ensuciándole la camisa blanca.

—Eso no estuvo bien —dijo, agarrando sus zapatos y bolso para dirigirse a los columpios.

Para cuando Karl se detuvo justo detrás de ella, ya lo había perdonado. Él la tomó de la cintura y le dio un pequeño empujón.

—Siento haberte hecho enfadar.

—Lamento haberte lanzado arena —ella se rio mientras se columpiaba. El la empujó de nuevo mientras ella se impulsaba con las piernas—. Recordé a mi ex esposo, cuando él me burlaba de mí y hacía

que los demás se rieran de mi ingenuidad.

—¿Ingenuidad? —Karl repitió—. No creo que seas ingenua.

—Ya no —respondió Karen—, ya lo superé—se siguió impulsando mientras miraba el sol ponerse en el horizonte. De repente, se encontró haciendo una pregunta estúpida—. ¿Crees que tú y tu esposa se hubiesen divorciado si ella no...

¿Por qué había preguntado algo tan monstruoso? ¿Y por qué esperaba que él respondiera que sí?

—Es difícil decirlo —dijo él y se quedó en silencio por un rato. Dejó de empujarla y ella no pudo evitar sentir vergüenza. *Qué estúpida fue aquella pregunta.* Pero él no se había ido como había pensado. Se sentó en el columpio adyacente y movió sus pies hasta que tocó el pie de Karen—. Dijiste que tenías algo mío.

—Ah, sí —respondió Karen, recordando el pañuelo—. Está en mi bolso —se agachó para sacarlo de su bolso. Cuando ella se acercó de nuevo, él o tomó el pañuelo sino que llevó sus manos hacia las caderas de Karen.

—Gracias —susurró—. ¿Ya puedo besarte?

Karen sintió electricidad recorriendo su cuerpo.

—Sí —dijo, inclinándose para besarlo. Los labios de Karl eran tan suaves que sus rodillas temblaron. Si él no la hubiese sostenido, ella no sería más que un líquido libidinoso sobre la arena.

El sol se puso al oeste, dejándolos vivir sus oscuros deseos.

—¿Cuáles son las posibilidades de que llegemos a segunda base? —preguntó él, como un adolescente. De repente Karen cayó en la cuenta de su comportamiento. Se estaban besando salvajemente en un parque público.

—Esto es tonto —dijo.

—¿Quieres que me detenga? —Preguntó Karl mientras le besaba el cuello—. Puedo hacerlo, si eso es lo que quieres.

—Es solo que me siento bastante expuesta, aquí en público —respondió después de un rato. No, no quería que se detuviera.

—¿Preferirías llevarme a tu casa, presentarme a Lauren y meterme en tu cama?

—Claro que no —dijo ella de inmediato—. No estoy lista para eso.

—Tampoco yo —admitió Karl. Recorrió sus costados con las manos bajo su blusa—. Pero estoy listo para esto.

—Sí —concedió Karen, besándolo mientras él la tocaba en todas partes. Después de tantos años sin ser tocada por un hombre, incluso él más ligero roce la hacía sentir virginal.

Ella se abalanzó sobre Karl, lo que causó que sus pies se desprendieran del suelo. Él la besó con fuerza, aferrándose a ella para no caerse.

—¡Oigan, abuelos, consigan una habitación! —gritó una voz joven.

Cuatro adolescentes y un labrador pasaron por el parque entre risas. Hablaban entre ellos pero aunque sus voces eran fuertes, Karen no entendió lo que estaban diciendo.

Había esperado sentirse avergonzada de verse descubierta, pero por alguna razón, se alegró. Los chicos se encontraban en los campos de fútbol cuando Karen gritó:

—¡Gracias por el consejo, así lo haremos!

—¿De verdad? —preguntó Karl, levantando las cejas de manera seductora—. No necesitamos apresurar las cosas, ¿sabes?

Karen lo miró directo a los ojos, tratando de descifrar si le estaba tomando el pelo. Era difícil decirlo, dado que ya habían comenzado con los apuros. Aunque ese beso llevaba treinta años fabricándose.

Ella todavía tenía el pañuelo de Frida en su mano. Recorrió los dedos sobre el bordado.

—Acabo de darme cuenta de que tenemos las mismas iniciales. Me dejé el apellido de casada, así que ahora soy Karen Heloise Welke: KHW.

—¿No es asombroso? —dijo Karl, permitiendo que ella guardara el pañuelo en el bolsillo de su camisa. Tomando sus manos, añadió: —. Quiero verte de nuevo, una y otra vez. ¿Te gustaría seguir pasando tiempo conmigo?

—¿Estamos haciendo esto solo por Frida? ¿Para tratar de superar la muerte?

—La vida es una carrera contra la muerte; no dejes que eso te preocupe. Solo dime, ¿te gustaría correr conmigo?

Karen sonrió antes de detenerse a considerar la pregunta. Su piel y su corazón gritaban mientras ella respondía:

—Sí, me encantaría.

GISELLE RENARDE

Giselle Renarde es una galardonada escritora lesbiana, oriunda de Canadá. Nominada al Mejor Autor en la revista NOW en el año 2015. Sus obras de ficción han aparecido en más de 100 antologías de historias cortas, incluyendo prestigiosas colecciones como Best Lesbian Romance, Best Women's Erotica y la galardonada colección Take Me There, editada por Tristan Taormino. Entre las novelas de Gisellese encuentran Anonymous, Cherry, Seven Kisses y The Other Side of Ruth.

~

Giselle Renarde

¡Canadá se pone caliente!

¿Quieres mantenerte informado? Visita <http://donutsdesires.blogspot.com>

Para más información: <http://eepurl.com/R4b11>

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com